

# **La Resurrección de Lázaro**

**Por Daniel Del Vecchio**

**Lugar:** Antequera (Retiro de hombres)

**Fecha:** 8 de julio de 2001

*“Y habiendo dicho esto, clamó a gran voz: ¡Lázaro, ven fuera! Y el que había muerto salió, atadas las manos y los pies con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir”. (Juan 11:43.44)*

Siento en mi espíritu, una profunda conmoción y responsabilidad. El Señor me ha revelado las cosas invisibles, penetrándome hasta dentro del velo, es decir, adentrándome en el mismo corazón de Dios. He visto la situación de la iglesia en general y el estado espiritual de algunos de vosotros. El panorama es bastante lamentable.

Puedo decir, con toda certeza, que si Dios me ha hablado alguna vez, ha sido en esta mañana. Dios desea sorprendernos, pero sin la colaboración de cada uno, no puede obrar. Él busca hombres que estén en la brecha y así comenzará el avivamiento en España. ¡Basta ya! de dar vueltas en el desierto. Es tiempo de tomar sus advertencias en serio. Y para escuchar sus amonestaciones debemos, ignorar la personalidad del predicador y rechazar en nuestra mente todo elogio de elocuencia hacia el mismo.

Recordemos, que el principal propósito de este retiro de hombres, es oír y obedecer la voz de Dios, con el fin de restaurar o profundizar, individualmente, nuestra relación con Él. ¡Entonces! ¿Quieres escuchar de veras su voz o sólo deseas experimentar algunas emociones? Adán y Eva se escondieron de la presencia de Dios. *“...y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto. Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?” (Génesis 3: 8.9).* Hay muchos “árboles” para esconderse y cerrar los oídos a su verdad.

Dios me ha encomendado este mensaje y tengo que serle fiel. Al mismo tiempo, ha mostrado al grupo de intercesión, la condición interior de unos cuantos: “Recluidos en una cueva oscura, envueltos y atados en un sudario, mal olientes”. Esta visión me lleva a meditar acerca de la muerte y resurrección de Lázaro. Sabemos muy bien, donde se encontraban sus hermanas María y Marta, pero ¿dónde estaba él?

María se hallaba, tranquilamente, sentada a los pies de Jesús y mirando su rostro, escuchaba atentamente, las enseñanzas de su Maestro. Ella, escogió la mejor parte, la cual no le será quitada.

Atesorar la palabra de Dios y deleitarse en su presencia. Marta, en cambio, expresaba su amor sirviendo a Jesús, pero estaba ansiosa y agitada y fue necesario instruirla acerca de las prioridades, para que se gozará de la visita del Señor: *“Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria” (Lucas 10:41.42)*. Escuchar a Jesús.

Insisto, ¿dónde estaba Lázaro? Y ¿dónde estás tú, espiritualmente?

Antes de convertirnos o nacer de nuevo, vivimos en pecados e iniquidad, separados de Dios y muertos en lo espiritual. No obstante, la mayoría, habéis recibido a Jesús y experimentado la transformación de la muerte a la vida, asimismo gustado de la buena palabra de Dios y probado los poderes del mundo venido. Pero muchos ignoráis, que se puede morir otra vez. Otros, seguís aún muertos, nunca habéis resucitado. *“Porque el ocuparse de la carne es muerte...” (Romanos 8:6)*.

La carne no es el cuerpo físico, sino la naturaleza pecaminosa, heredada de Adán, que mora en nosotros y abarca nuestra mente, emociones y voluntad. El apóstol Pablo nos advierte sobre nuestra conducta: *“...porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.” (Romanos 8:13)*. Nos hallamos ante el enfrentamiento, vida o muerte y la encrucijada del bien o del mal. Todas tus decisiones, de vivir en santidad e intentos de cambiar y crucificar los deseos del “viejo hombre”, fracasarán y te sentirás frustrado, sin un poder mayor al dominio, de quién es tu peor enemigo; tu propia carnalidad.

¿Cómo podemos lograr la victoria, si habitualmente en el momento de la prueba, nos sentimos solos, pecadores, incluso dudamos de la existencia de Dios? Pues, manteniéndonos en comunión constante, con nuestro Padre Celestial y andando en sumisión al Espíritu Santo, la carne no tendrá oportunidad alguna y podremos vencer la tentación *“...y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros.” (1ª Juan 4:4)*.

Todos nacemos bajo la maldición de la ley y nadie puede ver el reino de Dios ni entrar, si no ha nacido de nuevo. *“...el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”.* (Juan 3:3). *“...el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.”* (Juan 3:5). Por medio del arrepentimiento, somos regenerados, la vida de Dios en Cristo entra en nosotros, nos despoja del poder y de la carga del pecado y nos rescata del reino de las tinieblas: *“...el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quién tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.” (Colosenses 1:13.14)*. ¿Por qué, entonces, después

de nacer de nuevo, se puede pasar de la vida espiritual a la muerte espiritual? Puede ser por diferentes causas. Comparemos el área natural del niño y el área espiritual del neófito.

Se puede morir por descuido. Si desatendemos la alimentación y la protección necesaria al niño, su crecimiento y desarrollo irán aminorándose, incluso llegaría a morir. Espiritualmente, ocurre lo mismo. Si hay una actitud de abandono y desidia, nos vencerá el desfallecimiento. Leemos en la epístola de Hebreos: *¿cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande? (Hebreos 2:3).*

Se puede morir por enfermedad. Las primeras secreciones de la leche materna se denominan “calostro” excelente por sus sustancias inmunológicas para ayudar al recién nacido a luchar, contra las infecciones más comunes de la infancia y reforzar su propio sistema de inmunidad. Dios nos ha provisto, del mismo modo, de un sistema defensivo frente ataques víricos, por medio del “calostro” de su leche espiritual: *“desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación.” (1ª Pedro 2:2).* También, como “bebés espirituales” es indispensable el calor y la inyección de vida, que imparte la cobertura espiritual de la iglesia, para crecer, madurar y producir “anticuerpos” capaces de neutralizar y erradicar todo foco de propagación que contamina y destruye.

Se puede morir por desnutrición. El niño depende de los demás, para alimentarse y su posterior salud física y mental. Pero no debe ser una etapa permanente, superada la niñez conviene empezar a comer solo. Es exactamente igual en lo espiritual. Al principio es fundamental que otros, nos instruyan en los rudimentos de la doctrina, nos den la dieta adecuada y nos inculquen la disciplina de alimentar nuestro espíritu para fortalecernos y no desmayar. Hay que beber del Espíritu de Dios y comer del Verbo hecho carne o la Palabra (el Logos) para vivificarnos. *“Porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida.” (Juan 6:55).* El insuficiente aporte de “nutrientes”, facilitarán la agresión de los gérmenes y la invasión del enemigo, a través de pensamientos diabólicos y tentaciones.

Se puede morir por asfixia. Los niños deben dormir boca arriba, es la postura más segura para evitar en cierta medida, el peligro de muerte súbita. Y nosotros debemos: *“Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”.* (Colosenses 3:2) para impedir que la semilla de Dios en nosotros se asfixie, poco a poco, por los pedregales o penalidades de la vida, los abrojos y espinos del camino, que representan los quehaceres de este mundo como afanes, riquezas, codicias y

placeres. Terminan secando, ahogando la palabra, haciéndola infructuosa.

Se puede morir por falta de oxígeno. Algunos recién nacidos llegan a sufrir un déficit de oxígeno en la sangre y por consiguiente, un deterioro de los órganos vitales que les puede provocar la muerte. Igualmente, la carencia de “oxígeno”, al nacer de nuevo, tiene sus secuelas. La oración es vital para nuestra vida espiritual, como lo es la respiración para nuestra vida natural. “*Orad sin cesar.*” (1ª Tesalonicenses 5:17). Los pulmones de nuestra alma tienen que oxigenarse con la esperanza que sólo recibimos en la oración. La práctica de orar tiene que ser una constante en nosotros, para no aspirar la nauseabunda atmósfera mundana, que nos rodea. La falta de oración nos irá restando fuerza y vida para dar a los demás.

Se puede morir por accidente. En los niños el mayor número de accidentes se produce en la propia casa y sobrevienen por descuidos de las personas, que precisamente deberían protegerlos. La Biblia nos dice que los escándalos van a venir: “*¡Ay del mundo por los tropiezos! porque es necesario que vengan tropiezos, pero ¡ay de aquel hombre por quien viene el tropiezo!*” (Mateo 18:7). En la iglesia, también, se originan “accidentes” o caídas espirituales por contiendas y hostilidades, que dan lugar a la disensión y división. Las piedras de tropiezo en nosotros, causan daños, heridas, alteraciones a la edificación del cuerpo y trastornos al crecimiento espiritual. “*Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano.*” (Romanos 14:13).

En la etapa adulta, se puede morir por suicidio. Si tenemos demasiada conformidad, atracción e intereses en el mundo, nos hallaremos luchando en medio de una impetuosa ola, que tarde o temprano, nos arrastrará. La continua e implacable persecución y coacción nos hará abandonar y dimitir espiritualmente. Es como nadar y luchar contracorriente, por alcanzar la orilla y a pesar del esfuerzo, la resaca te empuja mar adentro. Extenuado, ya no puedes más, te rindes y te hundes.

Se puede morir por arteriosclerosis. Es decir, por el endurecimiento de la pared de las arterias, siendo la base del desencadenamiento de muchos problemas del corazón. En la vida espiritual, tal endurecimiento comienza cuando nos negamos a obedecer la voluntad revelada de Dios, iniciando por lo tanto, nuestro peregrinar por el desierto, donde brotan la incredulidad, la murmuración, la amargura y la rebelión. Procuremos con diligencia aceptar y acatar la Palabra de Dios, para que no se obstruyan o se endurezcan las “arterias” de nuestro corazón y entrar en el reposo del Señor: “*...Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación, en el día de la*

*tentación en el desierto, donde me tentaron vuestros padres; me probaron” (Hebreos 3:7.9).*

Cual sea la causa, la raíz es el engaño del pecado y nos separa de Dios. Consecuentemente el final es la muerte: *“Porque la paga del pecado es muerte, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 6:23)* Pero aquel que es, el autor de la vida, puede levantarnos de los muertos y restaurarnos. Jesús es el único que tiene poder sobre la vida y la muerte, así como para perdonar nuestros pecados. *“Le dijo Jesús: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá.” (Juan 11:25).* Aunque, es difícil discernir, con honestidad nuestro estado espiritual, cuando físicamente nos encontramos bien, pues corremos el riesgo de sentirnos satisfechos, aun viviendo en situación comatosa. San Pablo dirigiéndose a la iglesia de Corinto, les dijo: *“Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen.” (1ª Corintios 11:30).*

¿Cómo podemos saber si alguien está espiritualmente muerto?

Una medida sencilla de detectarlo, es probando a poner un espejo delante de su boca. Si no se empaña es porque ha dejado de respirar y morirá en unos pocos minutos. Sin respiración espiritual, sucederá lo mismo. Moriremos si dejamos de tener comunión diaria, íntima y plena con el Espíritu Santo: *“orando en todo tiempo con toda oración y súplica en el Espíritu” (Efesios 6:18).*

Otra forma de averiguarlo es auscultando, con el estetoscopio, los sonidos cardíacos. Con cada latido, el corazón envía sangre a todo nuestro cuerpo, proporcionándonos el oxígeno necesario para vivir. Las arritmias pueden causar un paro cardíaco respiratorio cuyo desenlace es mortal.

¿Cómo se hallan tus “contracciones” espirituales? ¿Ha dejado de bombear tu corazón? ¿Te conmueves, compadeces y estremeces por la situación de la iglesia? ¿Tienes compasión y dolor por las almas perdidas? ¿Tu conciencia está compungida o endurecida? La persona que está muerta espiritualmente, no siente, ni padece. *“Buscad a Dios, y vivirá vuestro corazón.” (Salmo 69:32).*

La intercesión, es el corazón, órgano vital para la vida de la iglesia y sus latidos, son las oraciones, de los hombres y mujeres que se ponen en la brecha a favor de otros, como guardianes y guerreros, para poner en acción la mano de Dios.

Dejar de comunicar, de participar, de compartir con el prójimo, es otro indicio, de estar sin vida. Al igual, los que andan en tinieblas, están muertos espiritualmente y no habrá ningún vínculo con la luz. *“¿Y qué comunión la luz con las tinieblas?” (2ª Corintios 6:14).* Además, podemos

tener mucha conversación sin una partícula de comunión divina. Únicamente gozaremos de verdadera comunión, unos con otros, si es que caminamos en la luz y en la presencia de Dios. La Biblia nos dice: *“pero si andamos en luz, como Él está en luz, tenemos comunión unos con otros.”* (1ª Juan 1:7). La persona que está muerta, obviamente, no ve nada y el que está ciego espiritualmente, vive en oscuridad y difícilmente sabrá donde está y a donde va. El profeta Isaías, nos describe la condición de la ceguera espiritual: *“Palpamos la pared como ciegos, y andamos a tientas como sin ojos; tropezamos a mediodía como de noche; estamos en lugares oscuros como muertos.”* (Isaías 59:10). El anhelo de Dios es que vivamos en la luz y que sean abiertos nuestros ojos, para mirar la necesidad y ver la mies. No seamos como Sansón, que fue seducido por los deseos de los ojos, que le guiaron en una dirección equivocada. Ciertamente donde hay luz, hay vida, edificación y visión espiritual.

También, el que está muerto espiritualmente, no tiene inquietud ni ocupación, por el reino de Dios. *“Y Jesús les respondió: Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo.”* (Juan 5:17). Y nosotros ¿para quién trabajamos? ¿Estamos invirtiendo y redimiendo en aquello que es imperecedero? *“Trabajad, no por la comida que perece, sino por la comida que a vida eterna permanece.”* (Juan 6:27). Para la gran mayoría, el trabajo es sólo una forma de ganarse la vida y de mantener a su familia. Tan solo Jesús nos da lo que realmente permanece para vida eterna. *“...en los negocios de mi Padre me es necesario estar”* (Lucas 2:4). Tampoco, tiene hambre, a pesar de la abundancia de alimento espiritual y sufre desgana por incredulidad o falta de entendimiento. *“Su alma abominó todo alimento, y llegaron hasta las puertas de la muerte.”* (Salmo 107:18)

Finalmente, el cuerpo sin vida, comienza a corromperse y a pudrirse, se percibe un hedor insoportable. Regresa a su estado primitivo, del polvo venimos y en polvo nos convertiremos. El muerto espiritual, vuelve actuar, hacer y pensar como antes: *“...El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno”* (2ª Pedro 2:22). En cambio, el que está vivo, espiritualmente, ha derramado el “frasco de alabastro” de su vida quebrantada para el Señor y lleva su esencia dondequiera que va. Desprende el perfume de Cristo y la fragancia del amor, de la compasión y entrega por los demás. Su vida es un sacrificio, ofrenda y adoración a Dios: *“...y por medio de nosotros manifiesta en todo lugar el olor de su conocimiento. Porque para Dios somos grato olor de Cristo”.* (2ª Corintios 2:14.15).

Lázaro, estaba en el sepulcro. ¿Acaso, también, tú estas muerto desde hace tiempo? ¿Te has apartado de Dios? ¿Podría ser que tu corazón dejó de latir y tus pulmones de respirar? Pero Jesús,

dador de la vida, ha llegado y hará el milagro de una resurrección. Sin embargo, el milagro no ocurre, porque hay una piedra manteniéndote en la tumba, que sólo tú debes quitar para ser libre. *“Dijo Jesús: Quitad la piedra. Marta, la hermana del que había muerto, le dijo: Señor, hiede ya, porque es de cuatro días. Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees, veras la gloria de Dios? Entonces quitaron la piedra de donde había sido puesto el muerto...”* (Juan 11:39.41).

Frecuentemente hay una piedra entre el milagro y nuestro corazón. ¿Qué piedra tienes delante? ¿Temor, vergüenza, rebelión? *“Dijo Jesús: Quitad la piedra”*. Que el Espíritu Santo te dé revelación para entender cuál es, y fe para arrancarla. La oración por la resurrección de Lázaro ya había sido oída, aun antes de que la piedra fuera removida. Pese a todo, no sería contestada hasta que la piedra fuera quitada. *“...Y Jesús, alzando los ojos a lo alto, dijo: Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes.”* (Juan 11: 41). ¡Qué preciosa relación de confianza!

La única manera de removerla es confesando y arrepintiéndote de tus pecados, entonces, Jesús hará el milagro de una resurrección a una nueva vida. Hoy, es un momento clave, es tu decisión, si te quedas pasivo, no pasará nada, pero si clamas Dios te responderá. Desecha todo aquello que impide levantarte, que opere el Espíritu Santo y puedas andar en santidad.

El profeta Isaías alzó su voz para declarar el ayuno que le agrada a Dios. *¿No es más bien el ayuno que yo escogí, desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, y dejar ir libres a los quebrantados, y que rompáis todo yugo?* (Isaías 58:6). El propósito del ayuno escogido no es abstenerse de alimento, sino consagrarnos, sacrificar y evitar las cosas que nos desvían de nuestra relación con Él, para dar prioridad a los necesitados y al cumplimiento de su voluntad divina, obedeciendo las siguientes instrucciones: *“Jesús les dijo: Desatadle, y dejadle ir”*.

1º desatar las ligaduras de impiedad. Todo aquello que hacemos fuera de la voluntad de Dios aunque resulte, aparentemente, muy correcto delante de los demás, son lazos que nos atan a las mentiras del diablo, convirtiéndonos en aliados con él. *“Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición.”* (Mateo 15:6). Tenemos que renunciar al pecado y vencer debilidades personales, entonces sin duda lograremos “desatar las ligaduras de impiedad” en nuestra vida.

2º soltar las cargas de opresión. Los demonios siguen oprimiendo a los cristianos dentro de la iglesia, vienen como nubes aplastarnos, sin que nadie siquiera los moleste o reprenda. Hay espíritus de vergüenza, angustia, depresión, religiosidad, lujuria, temor. Son cadenas espirituales y Dios desea que nos esforcemos en “soltar las cargas de opresión” para desatar a los cautivos. *“... me ha*

*enviado a sanar a los quebrantados de corazón; a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos.” (Lucas 4:18)*

3° dejar ir libres a los quebrantados. Cuando hablamos de quebranto, nos referimos a la sanidad emocional. Dios quiere cortar con el recuerdo de los sufrimientos, desgracias, situaciones traumáticas para vivir en el presente y andar en el futuro, liberados de las heridas del pasado. *“El sana a los quebrantados de corazón, y venda sus heridas.” (Salmo 147:3)*

4° y que rompáis todo yugo. La Biblia dice: *“No os unáis en yugo desigual.” (2ª Corintios 6:14)*. Este yugo desigual se refiere al Antiguo Testamento. *“No ararás con buey y con asno juntamente.” (Deuteronomio 22:10)*. Debido a las diferencias de tamaño y fuerza, no pueden halar un arado en forma pareja, porque van a diferente paso. Del mismo modo, algunos habéis hecho yugo desigual, con relaciones, negocios, amistades, familiares y el más fuerte tira, subyugando al otro. Rómpele en la autoridad de Jesús y quedarás libre para obedecer a la voz del Espíritu Santo y no a las obligaciones e imposiciones de los incrédulos. *“Baste ya el tiempo pasado para haber hecho lo que agrada a los gentiles.” (1ª Pedro 4:3)*.

Muchos pensaron que Jesús llegó, a la tumba de Lázaro, cuatro días tarde, pues no se presentó cuando Marta y María querían *“...Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto” (Juan 11:21)*. No hay palabras más tristes que estas. En cuanto a mí, también, creo que Jesús está llegando tarde. En los años 90, aguardaba que viniera a restaurar la iglesia, después de la división que hubo en nuestras congregaciones, pero Dios tiene el tiempo perfecto para obrar, a pesar que nos desesperamos. Muchas veces clamó al Señor: *“Resucita la iglesia, trae avivamiento”*. Antes debe reavivarse en la iglesia el Espíritu de gracia, de súplica y llanto. Vino Jesús, *“...llorando, se estremeció en espíritu y se conmovió...” (Juan 11:33)*. Dios está buscando un pueblo humilde e intercesor que sepa orar con los gemidos indecibles y profundos del Espíritu *“...ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas...” (Hebreos 5:7)*.

Jesús permitió que Lázaro muriera para manifestar la gloria de Dios, ya que no sabíamos lo que es la resurrección, si no supiéramos lo que es la muerte. Entiendo, ahora, que el Señor viene de camino. Dios nunca llega tarde y Él nunca llega temprano, Él llega en el momento preciso. De cierto, Cristo levantará su Iglesia conforme a su propósito y el avivamiento vendrá según su plan; pero sin muerte no habrá un mañana de Resurrección.

Adán y Eva estaban escondidos. Lázaro en la tumba.

Y *“...Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?” (Génesis 3:9)*